

IV

CONSTRUCCION DE ALTERNATIVAS

El reduccionismo del ambientalismo al mercado plantea varios desafíos para quienes están preocupados por la conservación de la Naturaleza y por un verdadero desarrollo sustentable. Más allá de que algunos están decididamente convencidos de la bondad de esta perspectiva, la evidencia hasta hoy disponible señala la imposibilidad de alcanzar esos objetivos. Es importante advertir que otros, ingenuamente, pueden recurrir a esas herramientas para atacar los problemas ambientales. Esto sucede hoy en día, y explica en parte el hecho de que no pocos sectores adopten algunas propuestas neoliberales en un desesperado intento de enfrentar la crisis ambiental. Pero la aplicación de estas herramientas puede, a la larga, potenciar un tipo de desarrollo y un tipo de sociedad, la neoliberal, que hoy ya pocos aceptarían. La apropiación acrítica de herramientas de gestión es uno de los serios problemas que hoy se enfrenta en la construcción de una política ambiental.

Para superar la crisis socioambiental es necesario partir desde perspectivas distintas a las propuestas por Hayek y sus seguidores. Se deben buscar nuevos marcos, nuevas visiones, y borradores utópicos en los cuales desarrollar políticas ambientales. Reconocer las limitaciones del ambientalismo neoliberal no arroja automáticamente opciones de cambio, sino que hay que buscarlas y construirlas.

Un primer paso es establecer cómo realizar esa búsqueda, y qué caracteres debería tener. En ese sentido, también es necesario recuperar la rigurosidad en las propuestas y abandonar el eslógan fácil. Sostener que el capitalismo es injusto no es presentar un borrador utópico, como tampoco lo es proclamar la solidaridad, algo común a posiciones muy diversas. Hay que avanzar más, mucho más. Algunos todavía están atrapados en posturas del pasado que fueron inefectivas en identificar los aspectos de la crisis y en proponer alternativas verdaderas.

Enseguida debe advertirse que aventurarse en el terreno de la utopía, está plagado de dificultades, padeciendo los problemas que resultan de ensayar alternativas. El neoliberalismo, en tanto rechaza la utopía, supuestamente no ofrece esos flancos débiles, en tanto acepta la so-

ciudad de mercado como la mejor posible, y no aspira a crear otra mejor. Al no ensayar cambios transformadores se ahorran muchos problemas.

Sin embargo, la desconformidad creciente generada por los esquemas restringidos al mercado, y las consecuencias negativas surgidas de la aplicación del modelo neoliberal, especialmente en las áreas sociales y ambientales, dejan en claro las limitaciones de esas posturas y la necesidad de continuar la búsqueda de alternativas.

La posibilidad de alternativas existe y los márgenes de opción son más amplios de lo que se supone. Incluso dentro de una organización capitalista existen varias posibilidades que representan alternativas distintas a la neoliberal, y por ello, diferentes visiones de una política ambiental. La misma presencia de este amplio abanico de opciones es a su vez la demostración de la falacia de otra de las aseveraciones de los nuevos ambientalistas del libre mercado: que sus ideas son la única posibilidad.

Establecido ese hecho es necesario recordar que el objetivo de esta obra no es agotar las alternativas a la ideología desarrollista; es conveniente volver a precisar el propósito del estudio -la crítica al ambientalismo neoliberal. Complementando el análisis, es importante presentar algunos apuntes e ideas sobre alternativas al ambientalismo del libre mercado, especialmente aquellas que puedan generar otro tipo de política ambiental que pueda superar varias las limitaciones señaladas en los capítulos anteriores.

La experiencia del socialismo real

Una presunción apresurada, muy común, es suponer que cualquier crítica al modelo neoliberal en sentido estricto, o a la organización capitalista en general, significa estar reivindicando modelos de socialistas a marxistas. Esto es muy común, y más de una vez se ha dicho que los cuestionamientos de los ambientalistas encubrían algún dogmatismo de izquierda. Por ello es bueno avanzar en un análisis cuidadoso de los aportes de las izquierdas, señalando los aspectos en los cuales una postura ambientalista se aparta, pero también indicar los atributos que pueden rescatarse.

Hoy es claro que los países del socialismo real quedaron atrapados en una gran crisis ambiental que no supieron superar. El accidente de la central nuclear de Chernobyl (Ucrania), que resultó en una se-

cuela de muerte todavía indeterminada, dejó en claro los riesgos de la falta de una política ambiental. Otros problemas menos conocidos, como la reducción drástica del Mar de Aral por el manejo inadecuado de sus tributarios, el alto nivel de contaminación del Mar Negro, o el aumento de la erosión en el Asia soviética, son igualmente graves y cubren amplios espacios geográficos. Otro tanto sucedió con los países comunistas de Europa, afectados por un grave deterioro ambiental³⁸.

Existen casos dramáticos, como en Ucrania, donde en el centro industrial de la región de Pridneprovsky, los niveles de contaminación son tan altos que las muertes perinatales y los daños genéticos permanentes son muy elevados. Allí se han identificado por los menos 50 agentes contaminantes, y de ellos 18 son mutagénicos

A pesar del grave deterioro, durante los gobiernos comunistas existieron algunas tímidas voces que buscaban proteger la Naturaleza, esencialmente en su variante reformista que no se desvinculaba del desarrollo. Sus promotores postulaban que la problemática ecológica era consecuencia de una "cultura burguesa", en vez de una condición común de la "cultura occidental", de donde los soviéticos se consideraban a salvo de ese problema (e.g. Nóvik, 1982).

En ese sentido, por ejemplo, Guerásimov (1976) sostenía que *"En la sociedad socialista, el problema de las relaciones entre el hombre, la sociedad y el medio ambiente se resuelve sobre una base distinta por principio de la que se da en los países del capitalismo. La liquidación de la propiedad privada, la ausencia de las contradicciones de clase engendradas por el capitalismo, la posibilidad de desarrollar todas las ramas de la economía nacional se-*

³⁸ Se han detectado altísimos niveles de arsénico, mercurio y plomo en los ríos mayores de las áreas europeas de la ex-URSS, los que terminaban contaminando el Mar Báltico. Regiones de la ex-URSS albergan unos 50 millones de personas que respiran aire que contienen contaminantes en niveles 10 veces mayores que los permitidos por las normativas. La emisión de gases de azufre era de 5 millones de toneladas por la URSS, 2,4 en Alemania del Este, 2 en Polonia y 1,4 en Checoslovaquia (comparadas con las los 750 mil de Alemania Occidental; datos de 1988). En Polonia, el mismo gobierno reconoció que el Río Vístula estaba tan contaminado que el agua era inservible aún para el uso industrial por que terminaría corroyendo las máquinas. La República Checa considera hoy que el 80% del territorio está sufriendo una producción excesiva o está afectada por agentes tóxicos. Los países de Europa Central y del Este presentan un cuadro de extrema contaminación por dióxido de sulfuro y otros contaminantes atmosféricos. Un serio problema es la lluvia ácida, que en algunas regiones alcanza las 127 toneladas por kilómetro cuadrado por año. Información adicional en varios artículos de la revista *Panoscope* de Mayo de 1990 (No. 18); y en Cave (1990, 1991).

gún un plan único y en interés de la sociedad entera" crearía "las premisas decisivas para eliminar las alteraciones del medio ambiente más peligrosas para la vida del hombre y la actividad social." Por su parte, Laptev (1977) afirmaba que en una sociedad socialista, que se desarrolló en la base de la propiedad pública de los medios de producción y los recursos naturales, y que está centralmente planificada, existen muchas más oportunidades que las de una sociedad capitalista, para una mejor protección de la Naturaleza y por un uso "eficiente y comprehensivo" de sus recursos.

Dichos como estos no se concretaron. En esos países existieron regímenes autoritarios que maniataron a la vez, al ambiente, y a la ciudadanía. El tipo de planificación centralizado que ejercían esos gobiernos no atendió los signos de deterioro ambiental y no implementó mecanismos que pudieran actuar sobre ellos. Estos hechos han dado la razón a la vieja denuncia del ambientalismo de que, en su esencia, el socialismo real poseía una misma concepción del desarrollo como progreso material que, al estar desvinculada de un marco democrático, al menos formal, impedía cualquier mecanismo de control social.

El marco autoritario de esos países impidió el surgimiento de un movimiento ciudadano que alertara sobre la situación ambiental y que contribuyera con propuestas de soluciones. Queda en claro que un marco democrático es esencial para intentar construir una política ambiental. Más allá de los problemas que presentan las democracias formales, y su diversidad en el capitalismo, ésta constituye un punto de partida básico e irrenunciable para la conservación de la Naturaleza.

Este tipo de consideraciones, que hoy pueden resultar obvias, fueron desatendidas por las izquierdas. Tanto en Europa como en América Latina, siempre miraron con desconfianza a las ideas ambientalistas. Existieron tempranas advertencias como las del alemán Hans Magnus Enzensberger (1974), quien consideraba *"imprescindible problematizar sin contemplaciones determinados aspectos de la tradición marxista"*, añadiendo que *"las fuerzas productivas evidencian su reverso, que siempre habían mantenido oculto, y se manifiestan como fuerzas destructivas, no sólo en un sentido preciso de producción de armamento y de deterioro artificial, sino en un sentido mucho más general: el proceso industrial, en tanto que dependiente de estas fuerzas productivas deformadas, amenaza sus propias bases y, con ello, las bases vitales de la sociedad humana."* Enzensberger indicaba que ese desarrollo deformado afectaba por igual a las sociedades occidentales como al "comunismo utópico", de donde si se llegaba a un cierto grado de destrucción de la naturaleza *"la imagen*

de un 'reino de la libertad' se halla en trance de perder sentido." Por razones de este tipo, este autor advierte que "se trataría de averiguar si esos aspectos forman parte integrante del pensamiento marxista originario o bien constituyen deformaciones posteriores de la teoría. La trascendencia de este problema deja reducida la cuestión del 'respeto a los clásicos' en una nimiedad. Las catástrofes ecológicas no pueden combatirse con citas."

En los mismos años, y desde una perspectiva libertaria, Murray Bookchin realizaba advertencias similares: *"La definición por Marx del proceso de trabajo como modo de definición de sí ... comporta explícitamente la apropiación e implícitamente la explotación. El hombre se constituye a base de transformar el mundo; se lo apropia, lo modifica en función de sus 'necesidades' y así se proyecta, se materializa y se confirma en los objetos de su trabajo."* Bookchin claramente censuraba al movimiento socialista de su tiempo por la incomprensión que demostraba ante las manifestaciones culturales alternativas, tales como el feminismo o el ambientalismo.

En América Latina se dio una situación similar a la europea. Los marxistas ortodoxos latinoamericanos desatendieron los problemas ambientales al concebirlos como maniobras de la burguesía para distraer a la gente de otros problemas "más reales" (Vitale, 1983). Mientras unas pocas voces denunciaron la obsesión marxista por relaciones instrumentales y su apego al crecimiento expansivo, las izquierdas latinoamericanas han compartido una fe ciega en el crecimiento, la industrialización y el desarrollo material, convirtiéndolos en un fin en sí mismo. Las advertencias fueron pocas y la mayor parte de las veces desatendidas. Por ejemplo, el ambientalista venezolano, Omar Ovalles sostenía hace ya más de diez años que no hay una conexión clara entre el pensamiento ecológico y el marxista, porque este último promueve la confianza en el progreso en una dirección por medio de la ciencia y la técnica (1983). Además, tal como lo prueba el caso cubano, donde se mantiene un régimen de socialismo real, no existe un movimiento ambientalista autónomo, y poco se sabe sobre la situación ecológica del país, la valoración de la población sobre el sector nuclear, etc., todo lo que ya constituye un síntoma. Por el contrario, el caso de la Nicaragua sandinista mostró una importante sensibilidad ambiental, existió un movimiento ambientalista, y se iniciaron diversas acciones interesantes.

Uno de los mejores ejemplos del apego al crecimiento económico desde una "utopía" socialista, y de gran difusión en América Latina, fue el "Modelo Mundial Latinoamericano", realizado en la Fundación Bariloche (también conocido como Modelo Bariloche). Allí participaron científicos como Amílcar Herrera, Helio Jaguaribe, Carlos Mallmann, Jorge

Sábato, Osvaldo Sunkel, etc. El estudio era tanto una respuesta a la efervescente situación política del continente como a la difusión de los informes del Club de Roma de 1972, al que se consideraba neomalthusiano. El estudio se propuso *"probar más allá de toda duda legítima que en el futuro previsible el medio ambiente y los recursos naturales no impondrán límites físicos absolutos"*. A partir de ese precepto se minimizaron todas las formas de contaminación, concibiéndolas como controlables por medios políticos y económicos; no se consideraron relevantes los límites a la disponibilidad de recursos como hidrocarburos o carbón, y se pasó a defender el uso de la energía nuclear; asimismo se olvidaron todas las consecuencias negativas de la expansión agropecuaria sobre ambientes silvestres. En fin, todo el informe, más allá de las proclamas totalmente compartibles a favor de una sociedad solidaria, refleja un análisis superficial de toda la problemática ambiental, negando los límites ecológicos y minimizando los impactos ambientales.

En los hechos, en América Latina las izquierdas tradicionales han confundido las *condiciones* de una transformación social con los fines últimos emancipatorios (como advierte Barreiro, 1994, para Uruguay). Bajo ese error, la industrialización, la modernización y el progreso económico expansivo pasaron a convertirse en fines en sí mismos, distanciándose así de una postura ambientalista. Barreiro agrega que sin quererlo, y posiblemente sin saberlo, la izquierda: *"ha hecho del crecimiento económico un fin en sí mismo. Los debates con sus congéneres neoliberales se centran en disputarse mutuamente el patrimonio de la eficiencia y la eficacia económicas. Del horizonte político de la izquierda ha desaparecido completamente el cuestionamiento de una lógica productiva para la que la simple adición cuantitativa constituye un mérito en sí mismo."*

Esta dificultad de articular lo ecológico con las expresiones políticas que se autodenominaron herederas del marxismo, se debe esencialmente a su obsesión con el crecimiento económico y distanciados del ambiente. Si bien las ideas de Marx son importantes en la crítica social al capitalismo, allí no hay una crítica ecológica. En sus escritos no hay una formulación ecológica explícita, y como advierten Martínez Alier y Schlüpmann (1991) el *"punto de vista ecológico de las condiciones de la existencia humana podría haberse conectado con el marxismo mediante una adecuada definición del concepto de 'fuerzas productivas', dándole así una clara referencia empírica. Esto no lo hizo Marx. A pesar de la semejanza entre un enfoque ecológico y uno en términos de 'reproducción' del sistema social, ha habido desde un principio un divorcio entre marxismo y ecología ..."*. En el mismo sentido, Martínez Alier (1995) cuestiona tanto a la economía marxista como a la neoclásica: *"la crítica ecológica re-*

cae no sólo sobre la economía neoclásica sino también sobre tal marxismo ecológico, precisamente por las mismas razones: los costos ecológicos y las necesidades de las generaciones futuras normalmente no vienen reflejados en los precios".

Establecidas las limitaciones del socialismo real, y sus bases teóricas, es importante reconocer que en los últimos años han surgido algunos intentos de resolver algunas de las limitaciones del marxismo ortodoxo. Los aportes más destacados son los de Enrique Leff desde México (por ejemplo, 1986), E. Altvater (1993) en Alemania y James O'Connor desde los Estados Unidos. Este último autor, calificable como un neo-marxista es también animador de un grupo internacional en ecología socialista, desde el que intenta superar las limitaciones del marxismo. Esa corriente debería, por lo menos, redefinir sus conceptos de fuerzas productivas y condiciones de producción. En esa línea, O'Connor concibe una "segunda contradicción del capitalismo", como aquella debida a *"la apropiación y el uso autodestructivo por el capitalismo de la fuerza de trabajo, del espacio y la infraestructura urbana, y de la naturaleza o el medio ambiente externo"* (O'Connor, 1992)³⁹. Sin embargo, una revisión profunda posiblemente cambiaría el marxismo hasta tal grado que ya dejaría de serlo tal cual ha sido tradicionalmente concebido.

Establecidas estas particularidades del socialismo real y del marxismo es importante precisar otros puntos. El derrumbe del socialismo real no significa, ni en la teoría, ni en la práctica que siguen sus pueblos, que los modelos neoliberales sean superiores. Es importante reconocer esto, porque muchos análisis ligeros oponen las corrientes socialistas y marxistas a otras liberales y neoliberales, de donde al desplomarse una se concluye que la otra es la correcta. Los años transcurridos nos muestran un cuadro mucho más complejo en Europa del Este ante el cual, desde América Latina, deberíamos reflexionar en profundidad. En palabras más simples, si Polonia realiza un programa de privatización, eso no puede ser usado como un ejemplo para hacer lo mismo, porque no somos ni polacos ni hemos sufrido su historia.

³⁹ En la versión de O'Connor de esta segunda contradicción, no existe ningún elemento central de donde puede acoger en su seno a una pluralidad de manifestaciones sociales. El acento está en las dificultades del capitalismo para producir el plusvalor, por los problemas frente a la fuerza de trabajo y el ambiente (véase también O'Connor, 1990). Sus tesis no son unánimemente aceptadas (por ejemplo, véase la crítica de Altvater, 1993).

En Europa central y del este, la introducción de un marco capitalista más próximo al ideal neoliberal que al modelo keynesiano, orientó las reformas de mercado y las privatizaciones masivas. Se suponía que una economía de libre mercado automáticamente desencadenaría beneficios ecológicos, uno de los eslógans del neoliberalismo verde. En el período de los tres años que siguieron a la apertura de los mercados (1989-1991), efectivamente se detectó que en esas zonas europeas se redujeron las emisiones de tóxicos de 1/4 a 1/5, pero no por una mejor gestión ambiental, sino por la caída de las actividades económicas debido a la recesión. El aire limpio venía de la mano con el aumento de la tasa de desempleo, señalaba el *Financial Times* en 1992 (Manser, 1994). De hecho, en esos países, los nuevos controles ambientales son vistos como restricciones a la competitividad, de donde se pide que sean eliminados para permitir el "desarrollo". Esa postura es muy similar a la sostenida por los gobiernos latinoamericanos y bajo la cual se intenta justificar sus débiles políticas ambientales.

En la actualidad, los países ex-comunistas ofrecen una serie de ventajas a las inversiones extranjeras, destacándose el bajo costo de la mano de obra y de la electricidad, controles ambientales débiles y facilidad en la disposición de desechos (Manser, 1994). Bajo estas condiciones se puede manifestar la racionalidad del lucro, y el mercado ofrece ese flanco débil en lo ambiental, que es buscado por varias empresas. Polonia, líder de las reformas de mercado, desde fines de los años 80 e inicios de los 90, terminó convirtiéndose en basurero de Europa, con plantas de "reciclaje" e incineración de desperdicios, donde los desechos finales permanecían en ese país.

Nuevos rumbos para las alternativas

Habiendo dejado en claro tanto las limitaciones severas del marxismo y el socialismo real, como las del capitalismo neoliberal, es posible pasar a delinear algunas opciones de cambio. La propia crítica demuestra que hay opciones desde donde se pueden elaborar marcos alternativos.

En particular, en este capítulo se seguirá la perspectiva de la ecología social; ya lo fue hecho a lo largo del estudio crítico, en tanto indispensable para una crítica ideológica, pero también se la aplicará para delinear borradores utópicos. Los aportes destacados de la ecología social⁴⁰ se basan en el énfasis del compromiso ético con la vida para

⁴⁰ Se siguen los conceptos presentados en Gudynas y Evia (1991); los interesados en

analizar las relaciones humano-ambientales. Desde allí se busca recuperar además una perspectiva utópica, tanto en su aporte para permitir una crítica ideológica, como para presentar borradores de alternativas. La ecología social estudia las relaciones de los seres humanos con sus sistemas ambientales, llamando la atención sobre la integridad de las dimensiones sociales y ambientales. Una y otra no pueden ser consideradas separadamente.

Teniendo en cuenta estas y otras alternativas actualmente en discusión, emergen una serie de puntos claves desde donde pensar y actuar en la exploración de nuevas opciones para generar políticas ambientales distintas a las del neoliberalismo. Sus líneas básicas transitan por la recuperación de un fuerte compromiso ético con la vida, el fortalecimiento de la política, a nivel del Estado, pero también en instituciones de la sociedad civil independientes de éste y del mercado. Consideremos seguidamente algunos puntos destacados.

Desarrollo a escala humana y ecológica

Enfatizar que el desarrollo es distinto del crecimiento es un importante punto de partida. El primero se refiere a la realización de potencialidades, en el sentido de ser mejor, de perfeccionarse. Crecer, por el contrario, sólo indica un aumento en el tamaño, la adición de nueva materia. Este último es cualitativo, mientras que el otro es cuantitativo.

Al igual que el ser humano, que durante una etapa crece, pero una vez que ha dejado de hacerlo puede seguir desarrollándose, sin crecimiento económico igualmente puede existir un desarrollo, y puede no haber desarrollo aun bajo el crecimiento económico.

La concepción del desarrollo expresado como crecimiento económico se apoya en la expansión del sistema productivo, el aumento de los bienes y servicios disponibles, y el incremento del consumo. En tanto indicadores como el Producto Bruto Interno y otros análogos estén aumentando, se certifica que la economía crece, y se supone que con ello se produce un proceso de desarrollo que está aumentando la calidad de vida de las personas. Así, el aumento del ingreso y la expansión económica sustentan una equivalencia entre el crecimiento y el bienestar. La marcha del crecimiento sostenido no es posible en

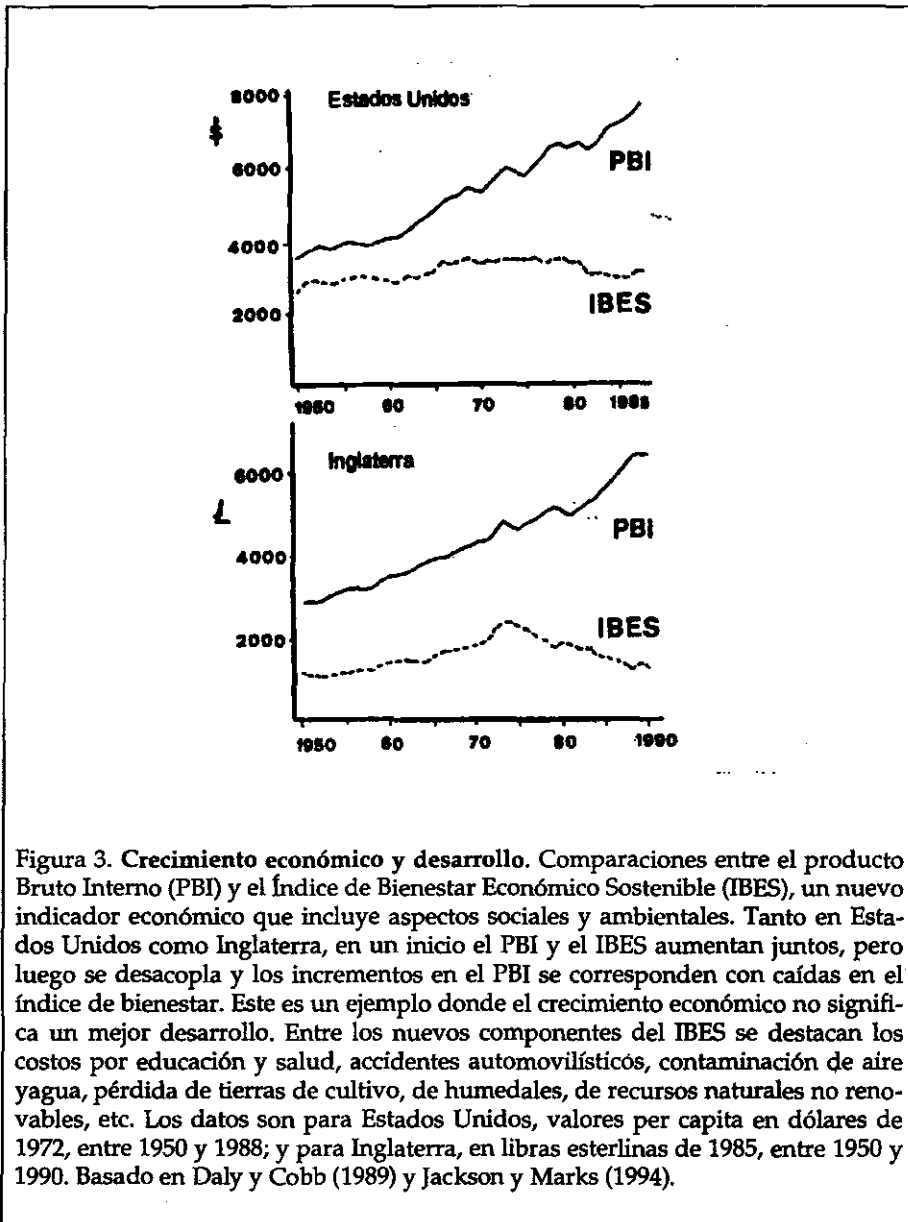
términos ecológicos (como se fundamentó en el capítulo anterior), pero tampoco en términos sociales, como lo argumentan distintos estudios (Hirsch, 1984).

Incluso antes de chocar contra esos límites, es evidente que la expansión productiva genera a su vez otros problemas, tanto sociales como ambientales. Por ejemplo, el aumento de la industrialización desencadena incrementos de la contaminación y generación de espacios geográficos devaluados. Por ejemplo, en el caso de México, al contabilizar la pérdida de recursos naturales y el daño ambiental, el PBI cayó un 17%, una cifra enorme que reconoce el propio Banco Mundial (BM, 1994).

Una evaluación más fina del desarrollo debería recurrir a indicadores económicos que integraran aspectos sociales y ambientales. El diseño de ese nuevo tipo de indicadores, que se ha dado en los últimos años, ha desencadenado un cambio radical en las concepciones del desarrollo. El renombrado economista H. Daly junto al teólogo J. Cobb dieron a conocer en 1989 un indicador de ese tipo, el Índice de Bienestar Económico Sustentable (IBES), tomando en cuenta aspectos socioambientales como los costos de contaminación, la pérdida de áreas naturales, la calidad de vida urbana, etc. De esta manera se podrían atender una serie de costos y beneficios que pasan desapercibidos para las cuentas nacionales.

En la Fig. 3 se compara el PBI per capita de los EE.UU., tal como se calcula por los métodos tradicionales, con el IBES. Resulta claro que si bien el producto aumentó en forma mantenida, el índice socioambiental presentó un incremento inicial para luego caer desde 1970. En una primera etapa, tanto el PBI como el IBES aumentan juntos, pero luego se desacoplan, y los aumentos del producto no se corresponden con incrementos en el índice de bienestar. La caída posterior se debe a impactos ecológicos y costos ambientales cada vez mayores, ocasionados por la siempre expansiva actividad productiva, la urbanización creciente y el aumento del consumo. Se evidencia que el crecimiento económico sostenido puede, de hecho, desencadenar una consecuencia inversa, el deterioro progresivo de la calidad de vida de las mayorías.

Pocos meses atrás, el Instituto Ambiental Estocolmo dio a conocer un estudio similar para el Reino Unido (Fig. 3; Jackson y Marks, 1994). Al igual que en el caso anterior, el IBES aumenta a la par del PBI, aunque se produce el mismo desacople, y en este caso la caída posterior en el índice de bienestar es todavía mayor, apartándose en una mayor proporción del producto interno que continúa su marcha ascendente.



Esto se debe a que la "riqueza" que se busca es en realidad una "riqueza material", que requiere más y más recursos para ser mantenida. Sus pretendidos beneficios sólo alcanzan a unos pocos: las grandes mayorías siguen estancadas en la pobreza, sin disfrutar de esos beneficios materiales. Los pobres son, por lo general, quienes más sufren las consecuencias ambientales desencadenadas por esa riqueza, en tanto viven en áreas marginales, contaminadas, sin servicios o inundables. Por otro lado, la minoría que concentra los be-

neficios de esa riqueza no sólo disfruta de los bienes materiales, sino que pueden pagar para vivir en lugares ecológicamente adecuados, aprovechan vacaciones en las pocas áreas naturales que van quedando, y se rodean de una protección policíaca que la mantenga a salvo del resto de la sociedad. Esta es una manifestación más de la desigualdad en acceder a los beneficios del progreso y la creciente polarización social, con su secuela de pobreza y marginalización. Asimismo, al seguir aumentando la economía, los costos ecológicos se acrecientan todavía más, desde la proliferación de basuras hasta la intensificación de la contaminación.

Si se concuerda con estos diagnósticos, el desarrollo debería enfocarse en la calidad de vida y el bienestar de las personas, y no en la mera producción de objetos. La expansión productiva debe ser reencauzada y en algunos casos frenada. El exceso de producción que alienta el consumismo debe ser revisado y disminuido, poniendo el acento en la producción de bienes necesarios, duraderos y reciclables. Los niveles de consumo deben disminuirse, especialmente en los países industrializados, y en los sectores más ricos de los países del sur⁴¹. Este cambio de posición es posible cuando se reconoce que la economía es en realidad un subsistema dentro de la Naturaleza, constreñido y dependiente de los límites ecológicos.

Existen varios antecedentes en estas posturas. Por ejemplo, desde los años 70, se ha hablado de pasar a una economía del "estado estacionario", apoyada en la estabilización de la población y la reducción de la producción de artefactos, de manera de disminuir el impacto sobre la Naturaleza, sea por la apropiación de recursos naturales, como por la contaminación. Medidas de este tipo, si bien no renuncian al mercado, contemplan una serie de intervenciones estatales que las aproxima a una visión keynesiana. El caso más claro de la economía del estado estacionario es el presentado por Herman Daly (por ejemplo, 1989).

Otras propuestas apelan a reformar más profundamente los sistemas económicos, destacándose los aportes del catalán J. Martínez-Alier, muy cercano a la realidad Latinoamericana. Su visión es de un ecologismo popular, basado en cómo usan los recursos naturales los sec-

⁴¹ Esta misma preocupación estaba detrás de los estudios de la ONU sobre el desarrollo humano. En este caso, se optó por confeccionar un indicador nuevo, pero igualmente el fantasma de la mediación del crecimiento económico no fue superado: "*La mejor manera de alcanzar el desarrollo humano es promover un crecimiento económico más equitativo ...*", sentencia el informe de 1991.

tores populares, en particular indígenas y campesinos, por medio del control social. En una línea más radical deben mencionarse la variada producción de M. Bookchin, con sus tempranas indicaciones de contradicciones ecológicas en el capitalismo, sus bosquejos filosóficos de una ecología social, y desde allí sus apuntes sobre una sociedad ecológica (por ejemplo, Bookchin, 1978 y 1990). Finalmente, no pueden obviarse las agudas y sostenidas críticas de A. Gorz al sistema capitalista desde hace por lo menos veinte años (por ejemplo, Gorz, 1980).

La pertinencia de estas posturas es clara en el caso de los países del cono sur. Buenos Aires, Santiago y Montevideo siguen creciendo, enfrentando muy graves problemas ambientales. La desregulación mercantilizada del transporte público y el apego material al automóvil individual son una de las grandes causas de la contaminación en la capital chilena, donde precisamente han prevalecido las razones del consumidor sobre las de la ciudadanía.

El mantenimiento de la calidad ambiental y la conservación de la Naturaleza debe ser parte del desarrollo, y no un lujo postergado hacia un futuro incierto. La conservación debe estar al servicio del entorno, con el objetivo primordial de mantener los procesos ecológicos y la biodiversidad. El punto de partida está en la autosustentabilidad de los sistemas ecológicos, y no en el mantenimiento de los procesos productivos. Esta es una diferencia importante: la sustentabilidad, como componente destacado del concepto de desarrollo sustentable, se refiere al mantenimiento de los procesos ecológicos, y *no* al de los procesos productivos que opera el ser humano.

Aclarado ese concepto, las actividades productivas deben adecuarse a la capacidad de carga de los ecosistemas. Las acciones humanas deben mantenerse dentro de las capacidad de amortiguación y absorción de esos ecosistemas. Para mantener la biodiversidad nacional es indispensable que algunas áreas naturales del país sean preservadas, manteniendo allí nuestra fauna y flora autóctona, de donde se deben fortalecer los sistemas de áreas naturales protegidas.

El poner el énfasis en el mantenimiento de la Naturaleza no es postular un regreso a una vida preindustrial ni renegar de los procesos productivos que se realizan a expensas de los recursos naturales. Significa sopesar de manera diferente las actividades a encarar y mediatizarlas a la conservación del ambiente.

También es necesario atender otros postulados, más difundidos, pero no por ello más exitosos en su concreción: aumentar la calidad de vi-

da de las personas. Este objetivo tampoco concibe como indispensable la necesidad del crecimiento económico. Esto significa atender la cobertura de salud, la disponibilidad de la vivienda, el acceso a la educación, el pleno empleo, y otros tantos aspectos.

Una propuesta de desarrollo a escala social y ecológica no significa rechazar el "crecimiento económico" como un todo, sino estar atento a las consecuencias negativas que puede desencadenar. Debería atenderse para cada sector sus potencialidades así como los impactos socioambientales de su crecimiento. Por ejemplo, es necesaria la expansión de un sector de servicios ecológicos en las economías nacionales, con actividades como el manejo de la basura o el reciclaje de materias. Algunos sectores deberían fortalecerse, como el del turismo ecológico, basado en nuestras bellezas naturales. Otros sectores podrían crecer, pero con cambios importantes en sus actividades constitutivas. Ese podría ser el caso del sector agrícola, donde deberían expandirse las exportaciones de cultivos agroecológicos.

En el caso de la industria se debería asegurar un control ecológico de contaminantes, promover la eficiencia en el uso de energía, y la evaluación de qué estamos produciendo y para qué. En ese terreno, es tan importante como la generación de divisas por exportaciones, el asegurar el pleno empleo. Una alta tasa de desempleo sólo ejemplifica los costos sociales de una estrategia de desarrollo incompleta. Las evaluaciones ambientales deberían incluir la promoción de certificaciones ISO 14000 y la instalación de auditorías ambientales en las empresas.

Las distintas actividades productivas deberían ser además analizadas en un contexto geográfico. Se deben identificar zonas que deberían ser protegidas de mayores impactos ambientales, mientras otras podrían tolerarlos. De la misma manera, ciertas regiones necesitan impulsos productivos que brinden empleo y generen una reactivación económica. Ciertas empresas de alto impacto ambiental podrían ser ubicadas en sitios donde esas repercusiones negativas se pudieran manejar mejor y a la vez brindar empleo que frene el vaciamiento rural.

Otros aspectos del desarrollo, como las mejoras en la política, la cultura, las ciencias y tecnologías, la vida en comunidad, tampoco son consecuencia automática del crecimiento económico. De hecho, pue-

de haber mejorías en esas esferas sin que exista crecimiento económico y eso ya ha sucedido en la historia reciente latinoamericana⁴².

Establecido este abanico de posibilidades, y retornando al tema básico de esta obra, la intersección entre mercado y ecología, resulta claro que un nuevo desarrollo a escala humana y ecológica requiere dar todo un nuevo significado al mercado, más acotado, y atendiendo a los límites ecológicos impuestos por la biosfera.

Un nuevo significado al mercado

El mercado es insuficiente para muchas cosas, entre ellas para crear una robusta política ambiental. Esta es una certidumbre que se está generalizando y que incluso los políticos tradicionales están reconociendo. Por ejemplo, Michel Rocard (1992), califica la crisis ambiental como "uno de los mayores problemas", y agrega: *"No podemos producir sin contaminar, este es un hecho irrefutable. Pero cuando vemos los resultados acumulados de la contaminación anterior, descubrimos que el daño es tremendo. ¿Con qué autoridad podemos imponer costosas medidas para conservar el medio ambiente? Evidentemente no puede hacerse siguiendo las leyes del mercado; tenemos que apelar a valores distintos, como el respeto por la vida, por cualquier clase de vida, e incluso a una proyección de este respeto hacia el futuro. La humanidad tiene que ser capaz de proteger y conservar el medio ambiente, no sólo pensando en sí misma, sino también en las generaciones venideras."* Concluye diciendo que bienes como el ambiente, no pueden ser empleados al antojo y que *"exigen estrictas medidas y prohibiciones, así como gastos que las leyes del mercado no pueden justificar por sí solas."*

El mercado, y en particular el extremo invocado por el neoliberalismo, no busca el bien común. Se ha demostrado que no permite obtener simultáneamente la máxima satisfacción del interés privado con la del interés público. Ni siquiera se plantea hacerlo, y por lo tanto no posee ni espacios institucionales ni mecanismos con ese propósito. Esta versión del mercado es incapaz de generar bienes públicos al no poseer mecanismos que apunten a los niveles de cooperación y coordinación necesarios para atender el bien común.

⁴² La llamada "conexión intermitente" entre progreso económico y político ha sido señalada por A. Hirschman (1994); el mismo autor hace referencia a un estudio propio anterior donde para algunos países latinoamericanos donde si bien los índices económicos cayeron, los indicadores sociales seguían subiendo.

Estas advertencias están siendo comprendidas en los países latinoamericanos. En Chile, además de los estudios del IEP mencionados anteriormente, pueden señalarse los aportes académicos, como el de E. Figueroa (1994) de la Universidad de Chile, quien reconoce que el ambientalismo del libre mercado es *"una posición extrema en el continuo de posibilidades que probablemente existe entre la regulación indirecta más a ultranza y la regulación directa más rigurosa"*. También deben advertirse las precisiones políticas, como las de Foxley (1993), donde se toma distancia de enfoques que con una "fe ciega" en el mercado y la tecnología impulsan un "crecimiento económico sin restricción alguna".

Reconocer las insuficiencias del mercado, exige reformarlo, pero también comprender sus límites, para trascenderlos, y crear instancias que le sean independientes, y en las que ya existen, actuar para potenciarlas. No se pretende una eliminación del mercado, sino darle un nuevo significado, para ponerlo bajo una regulación social⁴³.

Distintas disciplinas y un examen de la situación actual permiten descubrir formas distintas al tipo de mercado hoy dominante, y es conveniente señalar algunos aspectos destacados. Comenzando por la antropología ecológica, en el caso de los grupos campesinos de los Andes se han observado formas de propiedad mixta: la tierra es un bien comunal, bajo un manejo institucional que no depende del mercado, mientras que el producto de las cosechas es privado y generalmente familiar. La economía campesina se articula con la occidental en la medida que sus productos son, en parte, vendidos en el mercado mediado por el dinero. La fuerza de trabajo campesina es familiar y no individual. Su racionalidad no busca maximizar los beneficios, sino evitar los riesgos, y se apoya en una red de solidaridad, primero familiar y luego comunitaria. El estudio de Torrico y colab. (1994) sobre comunidades andinas muestra la paradoja de que, al inicio de las mañanas, una feria campesina basada en el trueque y la reciprocidad discurre con alegría, donde todos quedan conformes, pero sobre el mediodía, cuando se pasa a procedimientos modernos, mediados por el dinero, surgen el regateo, las discusiones y las desconfianzas (Fig. 4).

⁴³ Entre los enfoques alternativos al mercado, sociales y ecológicos, deben destacarse los de Razetto (1986), Hirschmann (1989), ensayos en Ekins (1986), Bowles y colab. (1990), Jacobs (1991), Ekins y colab. (1992), Ekins y Max-Neef (1992), Colomer Viadel (1993) y Coraggio (1994).

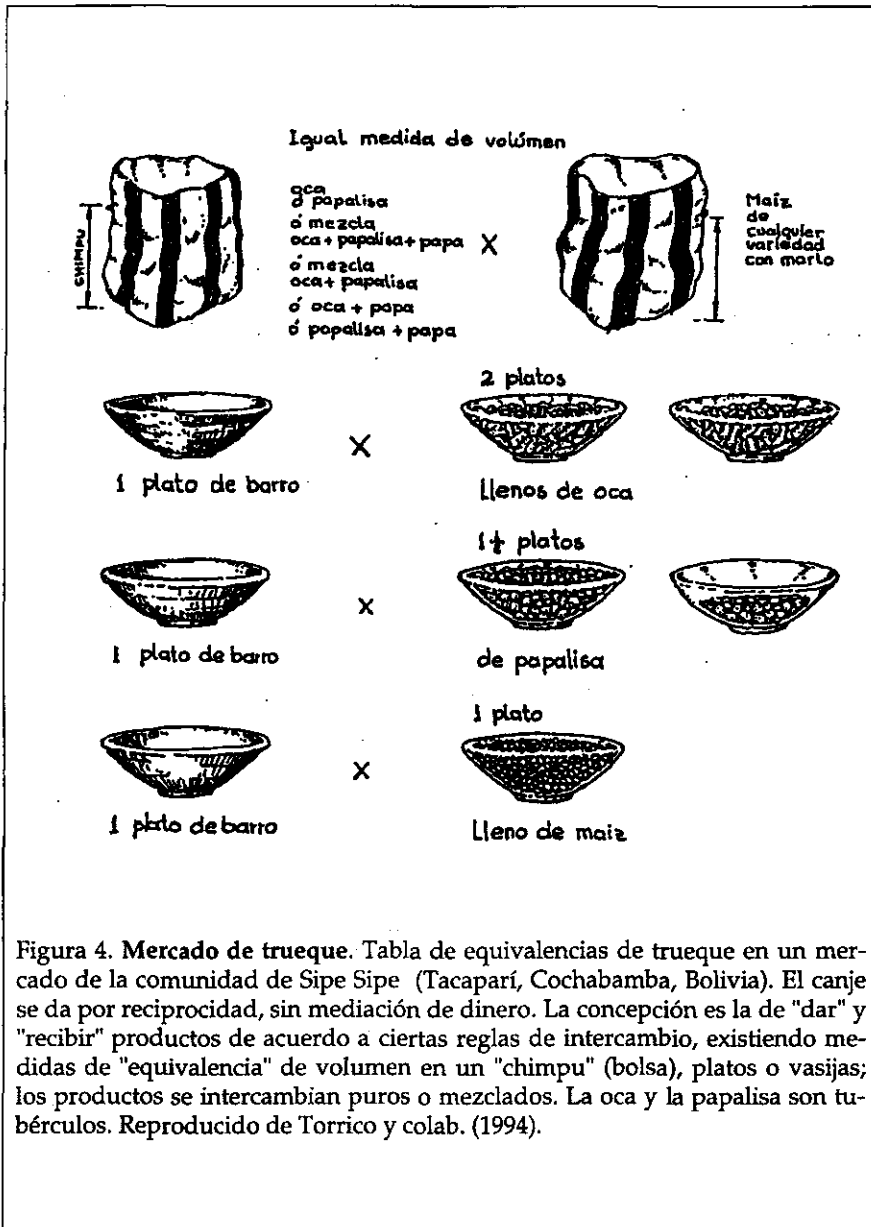


Figura 4. Mercado de trueque. Tabla de equivalencias de trueque en un mercado de la comunidad de Sipe Sipe (Tacapari, Cochabamba, Bolivia). El canje se da por reciprocidad, sin mediación de dinero. La concepción es la de "dar" y "recibir" productos de acuerdo a ciertas reglas de intercambio, existiendo medidas de "equivalencia" de volumen en un "chimpu" (bolsa), platos o vasijas; los productos se intercambian puros o mezclados. La oca y la papalisa son tubérculos. Reproducido de Torrico y colab. (1994).

En las economías campesinas todavía existe una racionalidad ecológica, que el investigador mexicano Víctor Toledo (1990) ha caracterizado por un "predominio relativo del valor de uso sobre el valor de cambio", en tanto la "reproducción material descansa más en los intercambios (ecológicos) con la naturaleza que en los intercambios (económicos) con el mercado."

La información comparativa para grupos pre-industriales ofrece ejemplos de diferentes estructuras y dinámicas económicas, donde la obtención de recursos de la Naturaleza se da en un contexto social. En muchos de esos casos, nociones actuales como las de acumulación de capital o las de maximizar las ganancias, no tienen sentido. Los regalos, la reciprocidad y la gratuidad están más generalizados de lo que muchos suponen, estando más vinculados a relaciones sociales y de parentesco que a las interacciones económicas. Las concepciones actuales de mercado como orden que emerge espontáneamente de individuos compitiendo no son aplicables para grupos orgánicos reducidos. Los *"mercados propiamente dichos, competitivos y con fijación de precios, están universalmente ausentes en las sociedades primitivas"* según señala Sahlins (1972). En ellos, las relaciones sociales no dependen de las económicas⁴⁴.

Esta resignificación del mercado no está restringida a grupos indígenas o campesinos (véase, por ejemplo, los artículos en Colomer Viadel, 1993, y Hirschmann, 1986). La solidaridad como principio organizador de la economía también está presente en experiencias en grupos barriales y algunos ejemplos de economía informal. En Chile, Luis Razeto ha explorado una "economía popular de solidaridad", que a partir de ese principio, se articula en pequeños grupos, apelando a procesos y productos en muchos casos alternativos, con un fuerte compromiso en la vida política interna y externa. No se niega el mercado pero se actúa allí con una lógica diferente⁴⁵.

⁴⁴ Acerca de las relaciones económicas en sociedades pre-industriales o campesinas se sigue la excelente revisión de Sahlins (1972) sobre la "economía de la edad de piedra"; los ensayos en Plaza (1987) que incluyen los trabajos clásicos de A. Chayanov; las contribuciones de Víctor Toledo (por ejemplo, 1990, 1993); y los análisis de Calvo y colab. (1994) y Torrico y colab. (1994).

⁴⁵ He tenido oportunidad de visitar experiencias en ese marco en el área metropolitana de Santiago de Chile en 1992. Reconociendo sus aspectos positivos, es igualmente importante hacer algunas precisiones. La condición de alternativa no depende necesariamente de los tipos de productos obtenidos, ni de la estructura del ciclo productivo, ni por los actores. Estos atributos son señalados por Razeto (por ejemplo, 1986), entendiendo que los productos alternativos, la cercanía entre la producción y la distribución, o las tareas a cargo de sectores populares, definen una economía alternativa. Esto no es necesariamente así, existiendo ejemplos de cómo productos alternativos a los usuales son manufacturados bajo una racionalidad propia de la economía expansiva; la irrupción de muchos productos verdes es un claro ejemplo. Lo mismo sucede con la participación de personas provenientes de los sectores populares, las que pueden estar inmersas en una lógica de mercado despiadada, mientras otros, incluso empresarios, sinceramente pueden buscar alternativas reales.

Cuadro 4

Comparación de concepciones sobre el mercado

Comparación esquemática de algunos aspectos de dos concepciones sobre el mercado, consideradas en el texto, y que reflejan las principales discusiones originadas a partir del ambientalismo.

	Elementos actuales dominantes	Elementos para una visión alternativa
Racionalidad	maximizar beneficios acumulación, consumo cuantitativa satisfacción monetaria	condición de vida cualitativa satisfacción necesidades vitales, lúdica, estética, etc.
Relación	despersonalizada transacciones por pago	personalizada transacciones por pago canje, reciprocidad, gratuidad, solidaridad
Valoración	únicamente económica por valor de uso o cam- bio	diversificada valores intrínsecos
Ética	interés propio competencia	interés común solidaridad, altruismo
Organización	individual	asociativa
Ordenamiento	espontáneo	regulación social
Propiedad	privada y personal	privada personal, familiar, social
Fuerza de trabajo	unidad individual	unidad familiar o grupal
Política	secundaria al mercado	antepuesta al mercado

Otro ejemplo relevante ha sido desencadenado por la crisis de los ajustes mercantilistas, desembocando en el surgimiento de "mercados populares del trueque" en la ciudad de Buenos Aires, donde no circula el dinero, sino que se intercambian bienes o servicios. Un caso ilustrativo es la "red de canje de productos y servicios de Palermo", donde se ofrece trabajo en canje; por ejemplo, una dentista canjeó

una reparación dental a un carpintero, quien le reconstruyó su cocina⁴⁶. Esta clase de iniciativas ciudadanas muestra que los ejemplos de los mercados indígenas o campesinos no son tan alejados a nuestra realidad.

Una visión alternativa del mercado parte de una preocupación ética y una racionalidad económica distinta (Cuadro 4). Sobre las valoraciones, como se verá más adelante, éstas no descansan únicamente en los valores de uso o de cambio y se reconocen tanto valores intrínsecos, propios de los elementos ambientales, como una pluralidad de valoración ejercida por el ser humano. Su racionalidad no puede ser individualista, sino asociativa, señalándose expresamente como premisa la solidaridad, la que no se espera como un resultado espontáneo del mercado, sino que se la busca, encauza y planifica. Esto nos lleva a una concepción del mercado que no sería desorganizado ni espontáneo, sino que implica diversas formas de acción con propósito. Esto no quiere decir que deba caerse en el otro extremo, apelando a modelos de planificación centralizada y abarcadora, pero sí pueden usarse herramientas de planeación y ordenamiento a escalas locales, descentralizadas, horizontales o ascendentes. Este tipo de regulación social del mercado implica actuar sobre los procesos productivos, recostados sobre los marcos éticos, y no sobre una planificación económica totalizante.

Una racionalidad distinta no busca acumular las ganancias como un fin en sí mismo, sino que su objetivo es atender las necesidades de vida. El acento está puesto en la equidad antes que en la eficiencia. La participación en el mercado no lo es todo, y sería sólo un aspecto de las condiciones de vida del ser humano. Los cálculos no son sólo monetarios y las evaluaciones tampoco son únicamente cuantitativas. Para lograr esta resignificación, es indispensable que el proceso de valoración del entorno atienda una pluralidad de opciones y reconozca la inmensurabilidad de la Naturaleza. Hay aproximaciones cualitativas, se reconocen recompensas no monetarias, como el placer estético, lúdico, grupal, etc. También existen relaciones de gratuidad, donde no se esperan ni se reclaman pagos.

Este nuevo resignificado del mercado transita por su regulación social. El consumo privado *no* puede suplantar la vida pública. En lugar de que la sociedad y la política sean subsidiarias de la marcha de los mercados, éstos deben estar bajo su control social. La discusión

⁴⁶ "El viejo trueque es la nueva forma de comerciar", *Página 12*, Buenos Aires, 12 Noviembre 1995, pp 18-19

política debe pasar a ser parte de la dinámica de los mercados y los procesos productivos deben ser puestos al servicio de la calidad de la vida y la conservación del entorno, y no como fines en sí mismos. La regulación social incluye determinar qué mecanismos políticos, sociales e incluso económicos, se podrán en marcha.

En un nuevo mercado pueden, y deben, utilizarse herramientas económicas para la gestión ambiental (Brown y colab., 1992; Martínez Alier, 1995; von Weizsäcker, 1993). Medidas como los impuestos a los contaminadores, son efectivas para llevar adelante controles urgentes sobre los impactos ambientales. La distinción crítica que debe subrayarse es que ese tipo de herramientas no se conviertan en un factor de exacerbación productivista, que a su vez generará otros efectos ambientales.

Asimismo, esas herramientas deben también orientarse a fortalecer los aspectos éticos y políticos de la gestión ambiental. Volviendo al ejemplo del impuesto a los contaminadores, la administración de ese impuesto, en particular lo recaudado, debe estar en mano de las comunidades afectadas por los impactos ambientales. De esta manera, diversas herramientas (prohibiciones y restricciones, incentivos y subsidios, impuestos y multas) pueden ponerse al servicio de un desarrollo ecológicamente sustentable. En este sentido deben explorarse medidas como los impuestos al consumo (por ejemplo, gravar el sobreconsumo de energía), tasas a bienes contaminantes (es el caso de un sobreprecio a las pilas que podría ser volcado a su procesamiento una vez que son desechadas), otorgar créditos y exoneraciones para fortalecer actividades como la recuperación y reciclaje de desechos. Es posible que el sistema de tributación deba ser repensado, y orientarlo a gravar el sobreconsumo de materiales y energía y los impactos ambientales. De la misma manera, el dinero debe volver a reflejar bienes y servicios reales y no transacciones especulativas en los papeles o en las terminales de las computadoras. El dinero debe volver a ser instrumento para la actividad económica y no constituirse en riqueza por sí mismo (Ekins y colab., 1992).

Es importante comenzar a explorar la viabilidad de circuitos comerciales verdes. Un sector que parece ser prometedor es el de la agricultura orgánica, que posee una demanda comercial tanto nacional como internacional. La instalación de un sello ecológico para identificar aquellos productos que se han obtenido atendiendo estrictas normas ambientales puede ser un buen comienzo para rediseñar el mercado de bienes y servicios. Pero debe evitarse caer en otra posición superficial, donde ese sello verde sea un mero aliciente publicitario para promover el consumo.

Reconstruir la política

Una nueva relación con la Naturaleza es esencialmente una actividad política, no en un sentido restrictivo referido a los partidos políticos, sino en uno amplio. Es en esencia una discusión sobre los fines que se propone la sociedad, la consideración y evaluación de sus diferentes visiones sobre la calidad de vida, la felicidad y el bien personal y social. La construcción de una política ambiental debe servir a fortalecer *todo* el ámbito político.

La praxis del movimiento ambientalista ya es de por sí política, más allá de que se desarrolle en gran medida independientemente del Estado. Ella es un ejemplo de que existen expresiones de singularidad y solidaridad, aun en tiempos de indiferencia y egoísmo. Es fundamental mantenerla, pero hacerla explícita, para que se multiplique, y para que los políticos de viejo cuño comprendan eso, y en vez de oponérsele, se sumen.

Invocar propósitos como la "autonomía de los sectores populares", "fortalecimiento de la sociedad civil", u otros rótulos semejantes, es importante, pero no es suficiente. Esas palabras, que hoy todos invocan, deben llenarse de contenido. El marco democrático es irrenunciable para la construcción de la política; bajo los regímenes autoritarios se hace imposible explorar las vías de desarrollo alternativo. Pero también se debe estar alerta ante las situaciones donde la democracia queda estancada en una serie de procedimientos de escasa incidencia en la marcha de las naciones, encorsetada bajo premisas economicistas que no atienden al bien común.

Este propósito requiere pensar y generar aquellas instancias colectivas, de discusión, de manejo de los consensos y disensos, que permitan la acción colectiva y la vida social. No en vano uno de los grandes componentes del descreimiento generalizado se debe a desacuerdos que son vividos como exclusiones por quienes los sufren. Por esta razón se debería prestar mucha atención a qué procedimientos se utilizan cuando se invocan a las mayorías, para manejar adecuadamente el disenso, especialmente humanizándolo.

Para el ambientalismo en particular, ello exige vinculaciones todavía más estrechas y profundas con varios movimientos sociales. Debe reconocerse que la perspectiva ecológica aislada, sin otras mediaciones, no logrará desencadenar un nuevo desarrollo alternativo. Por ello

mismo es necesario el concurso de amplios sectores sociales⁴⁷, generando el diálogo, la vinculación y la concertación con movimientos como el feminista, el de los derechos humanos, el sindical, etc.

También es importante abordar esa "vieja" política, asociada a los partidos políticos tradicionales, renovándola y reconstruyéndola. El desarrollo sustentable es una materia que sólo unos pocos políticos están atendiendo con rigurosidad y empeño. Lamentablemente no son pocos los políticos tradicionales que siguen viendo el tema de reojo, sin entender las implicancias y cayendo en posturas por las que unos ven a una izquierda infiltrada ("los verdes de corazón rojo", denuncian), y los otros, a la burguesía más preocupada por los animales que por la pobreza ("la ecología es un lujo de ricos", replican). Será necesario dejar de lado los viejos prejuicios y los nuevos miedos, para avanzar en una política verde genuinamente interesada en la acción concreta.

En muchos casos, la crítica a los gobiernos ha sido identificada con un cuestionamiento al Estado, aunque uno y otro son distintos. A partir de ello se han opuesto el Estado a la sociedad civil. Parte de esa crítica es cierta pero debe ser precisada. Son las estructura y formas de gobierno las que deben ser revisadas. Eso significa repensar el Estado, reconociendo que la conservación del entorno requiere de su participación. Si bien el ambientalismo ha buscado su independencia del Estado, eso no implica negarlo como un todo. Una crítica sería del Estado, del papel del gobierno, y de los partidos políticos,

⁴⁷ O'Neill (1993) presenta un problema particularmente acuciante cuando advierte que vastos sectores de la población pueden preferir, por ejemplo, tener una Disneylandia a un bañado natural. Debe reconocerse que las posturas de las mayorías no son necesariamente sinónimos de una visión conservacionista. En respuesta a ese problema, este autor defiende una postura elitista, en el sentido que sostiene que algunos juicios son mejores que otros, por ejemplo los de un biólogo conservacionista sobre los de un economista empresario. O'Neill sostiene que debería dársele prioridad a aquellos que se supone poseen un conocimiento superior. Este argumento no es compartible, en tanto no puede fundamentarse la superioridad de unas opiniones sobre otras, aunque el problema que plantea este autor es real. Si bien es cierto que el apoyo científico es crítico para descubrir problemas ambientales y hacerlos públicos, también se han dado apoyos técnicos a posturas que los niegan o minimizan. Debe reconocerse que se ha difundido una postura escéptica ante los informes técnicos asociados a posiciones de poder político o económico. Se confía más en la opinión técnica de una ONG ambientalista que advierte sobre un problema de contaminación, que en el informe técnico del ministerio que lo niega. En segundo lugar, la diversidad de posturas éticas y científicas, y su contextualización social, requieren de una discusión colectiva, lo que las hace por lo tanto políticas. En efecto, el camino de salida a esa paradoja se encuentra en construir un espacio amplio, donde todos puedan discutir, en libertad, el diseño de las políticas ambientales.

no significa su anulación, sino que debe promover su reconstrucción. En ese replanteo es bueno explorar nuevos arreglos institucionales gubernamentales y distintas articulaciones entre gobiernos centrales y locales. El papel de las reparticiones estatales no se centraría, entonces, en fortalecer el mercado, sino en asegurar tanto la participación ciudadana como la preservación del entorno.

Más allá de las declaraciones, los canales de información de la sociedad civil con el gobierno son inciertos, y las instancias de participación muy débiles. Muchas medidas tienen características esencialmente cosméticas, y al no alcanzar soluciones verdaderas, terminan causando desilusión y reacciones contra el Estado, debilitando todavía más el ámbito político.

Las instancias de cogestión entre la sociedad civil y la sociedad política son una excelente salida para mejorar esta situación. Como ejemplo puede citarse a los organismos mixtos dentro del Estado, independencia de gestión y con coparticipación de los sectores sociales involucrados.

Los demás ámbitos del Estado deben también ser considerados. En ese terreno, no se ha avanzado mucho con el Poder Legislativo o el Judicial. Existen tareas concretas en ese sentido, como el fortalecimiento de la gestión parlamentaria, especialmente en las comisiones ambientales, y una mayor incidencia de los jueces en los conflictos ambientales.

Finalmente, así como se señaló la búsqueda de independencia del Estado y del mercado, también deben fortalecerse los propios movimientos sociales. Allí se debe trabajar la distinción entre "ciudadano" y "consumidor", y las complejas vinculaciones y separaciones entre política y economía. Es la política de los ciudadanos, en el sentido señalado en el capítulo anterior, la que debe marcar la guía de la economía (y no a la inversa, como es la generalidad creciente en nuestro continente). Son los mismos movimientos sociales los que construyen los escenarios y mediaciones para alcanzar estos propósitos. Sus iniciativas de auto-organización deben ser mantenidas, protegidas y alentadas.

Ética ambiental

En la base de todas las alternativas al desarrollo se encuentra la ética. La recuperación de una dimensión ética, y la generación de una ética ambiental, marcan una perspectiva de pensamiento muy distinta a

las propuestas restringidas al mercado. Hoy, la reflexión ética casi ha desaparecido aplastada bajo las apelaciones al neutralismo y la confusión entre evitar el dogmatismo ético con rehuir de la ética en sí misma.

Existe la posibilidad de potenciar una discusión ética, la que ya es evidente en distintos campos, tanto académicos como en la propia praxis de los movimientos ciudadanos. De una u otra manera este nuevo basamento ético parte de reconocer que el florecimiento de la vida, tanto humana como no-humana, es un valor en sí mismo. En este sentido, como señalan los animadores de la ecología profunda promovida por el filósofo noruego Arne Naess, este valor es independiente del valor de uso o de cambio que el hombre pueda dar a los elementos de la Naturaleza (Naess, 1989).

El reconocimiento de valores intrínsecos no obliga a un único tipo de posturas, evitándose así el dogmatismo. A partir del reconocimiento ético de la vida pueden derivarse diferentes posiciones sobre cómo debería ser la sociedad y nuestra relación con la Naturaleza. Este punto de partida es muy distinto al actual y lleva a reconocer una *igualdad biocéntrica* entre todos los elementos de la Naturaleza, cada uno de ellos con sus propios "proyectos" de vida o realización.

Cuando se toman en cuenta estas consideraciones éticas, las políticas ambientales resultantes pueden brindar alternativas prometedoras. Un ejemplo ilustrativo ha sido el debate sobre los lobos en Noruega (Naess y Mysterud, 1987). Acusados de ocasionar la muerte de las ovejas, los lobos fueron perseguidos por los ganaderos, hasta casi extinguirlos. Una postura conservacionista, que ha tenido repercusión sobre la legislación, se basa en considerar al lobo como parte de una comunidad ecológica, a la cual también pertenecen las ovejas y los ganaderos. El lobo tiene derecho a seguir sus procesos vitales. Por el contrario, una política ambiental neoliberal sólo protegería una especie nativa cuando se supiera, o sospechara, algún provecho económico, y no se le reconoce ningún tipo de derecho. En cambio, desde el reconocimiento ético de la vida se protegerían las especies por sus valores propios. En el caso noruego, se está *compartiendo* el uso del ambiente entre los lobos y los pastores, y ambos están en un mismo nivel. El ejemplo además plantea la relevancia de la protección de una especie sobre la cual ni siquiera se sospecha una utilidad comercial y que está revestida de una valoración negativa para mucha gente.

El reconocimiento de que la Naturaleza no se agota en un valor económico, y que los intentos por cuantificar ese valor se topan con un atributo de inmensurabilidad, es totalmente compatible con los valores propios. En efecto, esta mirada ética sostiene que además de los valores que las personas puedan atribuir al ambiente, existen otros que son propios de los ecosistemas. No es posible definirlos todos, tal vez puedan inferirse algunos, pero se reconoce que existen. Esos valores no están por encima, ni por debajo, de lo que otorgan los humanos, sino que son equivalentes, sosteniéndose así la igualdad biocéntrica. Desde este punto de partida, las opciones de desarrollo deberían reformularse, atendiendo a una nueva relación con la Naturaleza.

De la misma manera, el desarrollo deberá transitar una senda que contemple su evaluación ética (Goulet, 1995). Esta perspectiva implica recuperar el concepto de justicia, tanto en la esfera social como en la ecológica. El neoliberalismo reniega de la justicia social, de donde es casi imposible construir desde ese terreno una justicia ecológica. Sin embargo, la construcción de un desarrollo a escala humana y ecológica permite descubrir la gran importancia de la justicia social, y con ella, de una justicia ecológica⁴⁸.

Una nueva relación con la Naturaleza también requiere profundos cambios a nivel individual, interesando todo nuestro modo de ser, hasta las más profundas emociones, las que sustentan los vínculos con lo que nos rodea. La posibilidad de una utopía ecológica descansa no sólo en dotar de nuevos valores a las relaciones con el ambiente, sino también en brindar nuevos contenidos a nuestras vinculaciones: es vibrar con el viento y el agua de las laderas de nuestras serranías, sentir las hierbas y los árboles, escuchar el sonido de los animales, no como mero espectador, sino como otro participante que intenta comprender sus significados más ocultos.

⁴⁸ Algunos puntos en esta temática se adelantan en Gudynas y Villarreal (1994).